

II.

LA EPISTEMOLOGÍA CRÍTICA DE HUGO ZEMELMAN Y EL CONCEPTO DE REALIDAD SOCIAL

Como hemos referido con anterioridad, la construcción de una perspectiva de análisis desde donde observar la realidad social está implicada siempre en la construcción del problema de investigación ya que todo problema de investigación es epistemológico y metodológico por derecho propio. En ese sentido, la propia descripción de la realidad social como un *dándose*, es decir, como una realidad en continuo movimiento, configuración y reconfiguración, orienta la construcción *ad hoc* de una perspectiva de análisis que necesariamente, en tanto parte de esa realidad social en movimiento, aprehende su dinamismo.

Ello, como se podrá notar, requiere de entender la multidimensional de todo fenómeno social y a partir de esa comprensión, a la perspectiva de análisis como una alternativa posible, entre otras. De esa manera, parece claro que echar mano *a priori* de las teorías y conceptos existentes precisa de un pasaje de reflexión crítica de las mismas, reflexión que está de más decir se articula desde la misma problematización, dándole pertinencia y alcance. Es ello lo que garantiza un correcto abordaje epistémico-metodológico sobre el fenómeno en cuestión desde la observancia de la realidad ontológicamente posible desde sus aristas históricamente constitutivas.

No tener en cuenta lo anterior invita a la reproducción del saber más que a su construcción, evadiendo el potencial heurístico de la tarea investigativa. Este potencial ciertamente ha venido siendo minado contemporáneamente, primero debido a lo que hemos apuntado antes en términos del divorcio o separación del acompañamiento del pensamiento filosófico respecto de la ciencia social que ha traído como consecuencia el socavamiento del pensamiento especulativo (Zemelman, 2004; 2009; Wallerstein, 1996), lo que a su vez ha traído aparejado un distanciamiento en torno a la historicidad del objeto de estudio que se construye, erróneamente a nuestro entender, al margen de ello.

A ello se suma la fractura en la función social de la ciencia (De La Garza, 2001; 2018) y la imposibilidad de dar respuestas pertinentes a los problemas siempre cambiantes del presente. Pero dicha fractura hunde también sus razones en las consecuencias sociales y culturales del neoliberalismo económico y político que caracteriza a las sociedades contemporáneas. En el caso de la ciencia social, y en particular al interior del campo de estudios sobre la comunicación, ello ha sedimentado la herencia hermenéutica del pensamiento postmoderno afianzando lo que Zemelman (2004) llama el fenómeno de la “tecnología intelectual”, un término heredado de Husserl que hace referencia al proceso de desplazamiento del pensar como pensar científico, hacia el saber y concretamente hacia el saber-hacer, más instrumental.

Es esto justamente lo que le ha permitido a Zemelman elaborar una crítica seria en torno al quehacer científico de las ciencias sociales y humanas, que, a nuestro juicio, tal y como lo analizaremos en el tercer capítulo, tiene una relevancia plena en cuanto al tratamiento

analítico de la comunicación, la sociedad y la cultura. La crítica zemelmaniana, articulada en muchas de sus aristas con la crítica que hiciera Wallerstein (1996) a las ciencias sociales, queda así expuesta a la necesaria reflexión en torno a la investigación social en la contemporaneidad.

Si bien el conjunto de las variables neoliberales y postmodernas ha conllevado a una transformación –necesaria a nuestro entender- de la forma en que venía pensándose y haciéndose la investigación científica en las ciencias sociales y humanas, ello también ha posibilitado el debilitamiento de la noción de futuro que, vinculada modernamente al ideal de progreso, con razón cuestionaron fuertemente los postmodernos, destronándola. Del vacío heredado de este cuestionamiento ha emergido un centramiento ensimismado no sólo en el individuo, sino también en el presente de la realidad que habita, mismo que se manifiesta a través de la reivindicación del aquí y el ahora, vinculada de forma muy estrecha a la reivindicación del sujeto individual y el consecuente desplazamiento de la razón a la sensibilidad que ello ha traído aparejado, fraguando así lo que Follari (2000) nombra como un “talante postmoderno” que ha logrado coronar más de un ámbito de la realidad, y de manera concreta a la ciencia social.

Aunado a la herencia positivista, el impacto de este pensamiento-talante en la investigación social ha sido consistente en términos del endogenismo que la caracteriza. Y así, sin su vocación utópica (debido a la pérdida del referente de progreso), la ciencia social ha soslayado el interés especulativo, centrándose casi por completo en la investigación aplicada. Esto último, que no es negativo en sí mismo, ha permitido no obstante visibilizar la presencia de la herencia del positivismo moderno que el propio pensamiento postmoderno cuestionó y desde el cual las ciencias sociales se han alimentado al amparo de las posturas hermenéuticas y constructivistas que emergieron gracias a él, lo que resulta a todas luces una contradicción; de hecho, una contradicción no resuelta cuyos ecos resuenan afanosamente en la investigación social hoy en día.

Como lo veremos más adelante, desde el campo de las ciencias sociales, el positivismo se niega con fruición, pero, paradójicamente, desde la práctica científica también se delatan sus aún conexiones, ciertamente en muchas ocasiones confusas, con este paradigma científico que hemos heredado de las ciencias naturales y que tantos dolores de cabeza nos ha traído a los científicos sociales.

En este capítulo haremos énfasis en los postulados de la epistemología crítica zemelmaniana, específicamente en su noción de realidad social, y aunado a ello en su concepción del método dialéctico como método por excelencia de la investigación social. Ello permitirá posicionar una reflexión sobre la pertinencia de entender la realidad social como un *dándose*, como una realidad en perpetua configuración y reconfiguración, signada por el movimiento intrínseco de la vida social en su propio devenir histórico, cotidiano, pues a partir de ello es posible advertir lo que se trunca desde la concepción positivista (método hipotético-deductivo) y subjetivista (método hermenéutico) en la investigación social.

2.1. La problemática de la realidad social

Como hemos intentando apuntar en el capítulo anterior, la ausencia de una perspectiva histórica en la ciencia social ha obstaculizado el diseño adecuado de sus investigaciones científicas, pues lo que anida históricamente en la realidad social al ser inaccesible de manera directa, requiere una aproximación epistémico-metodológica que ni el hipotético-deductivo ni el constructivismo hermenéutico, por separado, han sido capaces de ofrecer. En ello, como se ha venido comentando, ha jugado un papel preponderante la concepción estática de la realidad social que la epistemología crítica niega, desplazando en su lugar el centro de atención de la realidad a la acción social, base de su movimiento.

Sin embargo, aun el estudio de la acción social, aspecto intrínsecamente dinámico de la realidad, ha sido encasillado preponderantemente desde una perspectiva estructural, dominante en la ciencia social. Los recientes esfuerzos de la sociología pragmatista permiten dar cuenta de la disputa interna al interior del debate, pero aún este sigue estando entrampado en él, y el también falso dilema entre holismo e individualismo metodológico no contribuye con ello.

Teniendo en cuenta lo anterior, lo que la epistemología crítica pretende recuperar como foco de atención de la investigación social es el estudio de la dimensión invisible de la acción social. Por eso, insistimos, la pregunta a plantear no se circunscribe solamente al qué y al cómo de la constitución de la realidad, sino preponderantemente al por qué.

Aunque este énfasis en el porqué viene a cubrir otra de las aristas de esta epistemología que aquí mayormente soslayaremos: su aspecto político; en términos epistemológicos y metodológicos, la pregunta sobre el porqué satisface de entrada el problema metodológico que se plantea la epistemología crítica respecto de la realidad social, a saber: la aprehensión de su dinamismo desde su concreción. Veamos con algo de más detalle qué significa esto.

Zemelman plantea que la realidad social que observamos los científicos sociales es una realidad consumada, es decir, cristalizada en términos de forma y contenido. En ese sentido, la realidad social se configura a la percepción como una fotografía, como una instantánea, donde no hay nada antes ni después de lo observado. La apuesta no es incorrecta en sí misma: es todo lo que “hay”, es todo lo que vemos, en tanto responde a nuestra aprehensión perceptiva natural. Pero sabemos que no todo lo que hay es lo que existe, ni todo lo que existe es lo que se ve; incluso, sabemos más: sabemos que no todo lo que se ve, necesariamente existe.

Por eso, como consecuencia de lo anterior, la aprehensión perceptiva natural ha sido superada como método científico en la ciencia, incluso en la ciencia natural; de manera que el conocimiento científico –especialmente el que produce la ciencia social- tiene el imperativo de ir más allá de lo que se ve, so pena de repetir, describiendo, lo que hay en el plano de nuestra visión, sin lograr colocarse frente al mundo, sino más bien sólo apropiándose de él.

En ese sentido, un discurso de la ciencia como apropiación reproduce necesariamente metodologías basadas en la percepción natural, cuyas consecuencias epistémico-metodológicas inmediatas serían: 1) agotar en lo observado el objeto de estudio de la investigación (aunque no se sea consciente de ello, lo anterior implica asumir a su vez que no

hay un más allá de lo observado), de lo que se deriva la siguiente consecuencia lógica 2) asumir que la realidad es consumada o no lo es.

Esto último es, a nuestro juicio, lo que hace posible estudiar la realidad social como un hecho dado o determinado de antemano, preguntándonos por él en tanto configuración percibida de forma natural en el presente. La impronta estructuralista de esta manera de abordar metodológicamente el estudio de la realidad es evidente, lo que permite construir preguntas que no buscan ir más allá de lo observado: el qué (el hecho) y el cómo (sus relaciones constitutivas), soslayando el porqué, que se asienta en la dimensión de la historia, del devenir, el proceso y el movimiento.

Por eso es que, desde el punto de vista de la epistemología crítica, responder al porqué de la realidad social es dar cuenta de la historia de su constitución. Dicho de otra manera: es referir a las condicionantes objetivas (estructurales, institucionales) y subjetivas e intersubjetivas que configuran la acción social desde la relación de la experiencia sujeto-sujeto, pues sólo ello permite generar un abordaje comprensivo a la realidad del presente. En ese sentido, la pregunta sobre el porqué de la constitución de la realidad social amplifica el énfasis en la acción social contextualizada, aprehensible sólo comprensivamente. De esa manera, la comprensión se vincula a la pregunta sobre el porqué en tanto posibilita una aprehensión más holística del fenómeno en aras de poder dar cuenta qué ha detonado esa configuración de la realidad social y no otra.

Así, asumir entonces una dimensión procesual de la realidad social la convierte automáticamente en una entidad azarosa, difusa, pero –sobre todo- abierta a la contingencia de la historia, a cómo van sucediendo las cosas, tanto en el plano de las condiciones objetivas, normalmente menos movibles o desplazables, que, en el plano de las condiciones subjetivas e intersubjetivas, más cambiantes, más inciertas, más experienciales.

Las conjunciones de estas condiciones dan por resultado la realidad social que vemos y estudiamos, pero es importante pensar que epistemológicamente esa realidad social es una, entre otras de las cristalizaciones posibles –aunque no concretadas- contenidas en el proceso de su constitución. Así, entender el porqué de una cristalización, implica entender el conjunto de condiciones que la hicieron posible, lo que –como se puede ver- explica a la realidad social desde una postura comprensiva, es decir, desde una perspectiva histórica (y enfatizamos nosotros, también experiencial, fenomenológica) insoslayable en tanto implicada en su propia constitución.

El argumento que subyace a esta afirmación es que la realidad social no se construye a través de algo parecido a unas “leyes de lo social”, semejante a las leyes de la naturaleza. Las leyes en lo social no son posibles porque lo social está hecho de/por individuos humanos: individuos que significan el mundo en función de un sinfín de factores que van desde lo biológico y lo psicológico hasta lo sociocultural e histórico; individuos que construyen dichas significaciones a lo largo y ancho de sus experiencias de vida, en particular al interior de sus experiencias con el otro, es decir, sus experiencias sociales; e individuos que, además de todo lo anterior, tienen voluntad y capacidad de optar tanto en la acción como en el pensamiento.

Si hubiera algo parecido a unas “leyes de lo social”, habría que buscarlas en todo caso en las supuestas leyes de lo humano. No hay tal. En ese sentido, es la acción de los individuos entre sí la que configura la naturaleza de las relaciones que entre ellos se establecen, siempre en el

marco de las condicionantes psicológicas y socio-históricas concretas desde las que estas relaciones tienen lugar y desde las cuales se actualizan. La realidad social no existe sin la actividad social que esencialmente es, como dijera Simmel (2014), una actividad de individuos.

La realidad social cambia y lo hace constantemente; constantemente somos testigos de las resistencias al orden establecido, de las fintas y los vericuetos de la acción, de la transformación de los modos de pensar y de actuar, etc. Es esto, a grandes rasgos, lo que describe la esencia del dinamismo de la realidad social, de manera que esta se constituye en un perpetuo movimiento, un *dándose* que se activa precisamente gracias a la insoslayable acción humana –potencialmente imprevisible por naturaleza- que la constituye.

Pero este *dándose* de la realidad social, como veremos más adelante, no puede caracterizarse como un movimiento aleatorio sin más. El movimiento de la realidad social se acota a ciertas circunstancias haciéndolo más o menos predecible, pero nunca predecible del todo. Por eso en términos de la epistemología crítica, la realidad social es un *dándose* en lo dado, es decir, un movimiento acotado por circunstancias socio-históricas que, en tanto vinculadas a la cultura, que es el ámbito de los valores, los significados, las tradiciones, las creencias de una comunidad o sociedad, configuran un horizonte de significación desde donde dicha realidad adquiere sentido para quienes la viven o experimentan.

Es ese horizonte de significación con sus desniveles, continuidades y discontinuidades lo que se expresa en la acción social, actualizándose a través del establecimiento de relaciones sociales efímeras o consolidadas, en tránsito, en gestación, reproducidas y reproductoras, alternativas y transformadoras. Visto de esta manera, no es posible referir *a priori* un estado de cosas fijo al estado de las relaciones sociales, pues potencialmente todo puede cambiar: de hecho, desde su propio movimiento intrínseco la posibilidad del cambio está dada precisamente porque nada está fijado de antemano. Así visto, entonces, el horizonte de significación no es un panorama inamovible; por su propia naturaleza constitutiva, es un horizonte esencialmente dinámico pues convoca en su interior la pugna social por su cristalización.

En este dinamismo del horizonte de significación jugamos un papel preponderante los seres humanos que somos los que significamos, pero la significación humana no se restringe a lo sociocultural e histórico, sino que pasa también por lo biológico, lo psicológico, y por supuesto por lo lingüístico y lo simbólico. Todo ello configura los ámbitos de constitución del sujeto humano que es de donde emergen las acciones humanas que configuran la acción social.

Lo predecible e impredecible de nuestros actos y pensamientos impacta así en la configuración de lo histórico-social concreto en el presente a través de nuestras acciones, en tanto éste se nutre justo de ellas. Así, nuestras acciones, en toda su complejidad constitutiva, son las que configuran ese orden de realidad determinado que llamamos realidad social y al que nos abocamos a estudiar científicamente, planteándonos a los científicos sociales un problema epistemológico y metodológico serio que hay que resolver.

Sobre esto pone el acento la epistemología crítica cuando niega el carácter estático de la realidad social que acompaña al discurso de la apropiación de la ciencia; por ello al plantearse

a la realidad social como algo imprevisible, azaroso, incierto y de alguna manera inédito, nuevo (debido al movimiento perenne, y gracias a él la posibilidad siempre latente de la transformación y la creación a ella asociada), la epistemología crítica pone el dedo en la llaga: es necesario un cambio de fondo en la manera de entender la realidad social (desafío epistemológico) lo que impacta a su vez en cómo aprehender dicha realidad para su estudio (desafío metodológico).

Esta necesidad viene a desafiar las formas tradicionales de hacer investigación en la ciencia social. Y a nosotros nos parece sumamente atendible. Si asumimos que, como todo producto humano, la ciencia, el pensar científico y sus resultados, es históricamente situada, será fácil reconocer que el conocimiento científico obedece a ciertas coordenadas espacio-temporales que atraviesan lo social en un continuum histórico en términos de acontecimientos y conocimientos acumulados propiamente dichos del que no puede zafarse, pues halla en ellos su propia condición de posibilidad. Y como este continuum histórico cambia necesariamente, hay que asumir que las condiciones de posibilidad de la ciencia también lo hacen. En estas condiciones de posibilidad de la emergencia de la ciencia intervenimos los científicos, hombres y mujeres de cada tiempo, con nuestros alcances y limitaciones personales e históricos que nos hacen elegir un camino para el desarrollo de la actividad científica en lugar de otro.

La propuesta epistemológica sobre la realidad social que nos lega la epistemología crítica nos coloca hoy a los científicos sociales ante un punto de quiebre en torno a la investigación social, pues si asumimos –tal cual aquí lo hacemos– que la realidad social es dinámica, la reflexión metodológica acerca de cómo dar cuenta de dicho dinamismo en nuestras investigaciones nos hace pensar necesariamente en la manera de aproximarnos a ella. Al respecto, la apuesta de la epistemología crítica, como ya hemos advertido, se halla en la comprensión. En el apartado que sigue, desarrollamos un poco más esto.

2.2. Comprensión en lugar de descripción-explicación

Como bien se ha advertido, sin una concepción dinámica de la realidad social el ejercicio de comprensión que se propone desde la epistemología crítica para la ciencia social no es posible. Y no lo es porque asumir la realidad social como algo dado de antemano, a través de estructuras que organizan y regulan dicha realidad –tal y como hemos referido antes– no convoca a la comprensión de su propia constitución, sino más bien a la descripción de la misma.

En la tradición de la investigación social, además, la descripción carga con la impronta positivista del recuento, la clasificación y, asociada a ello, la explicación, lo que hace de las teorías existentes el marco previo de enfoque. Esto es así porque se asume a la teoría como explicación previa de la realidad social, que se reafirma o se niega a través de la información recabada en campo. En síntesis: desde un enfoque metodológico centrado en la descripción de la realidad social, no sólo se asume a dicha realidad como algo estático (que no varía en su configuración) y suficiente (que puede ser descriptible por sí misma), sino que también,

justo por ello, el abordaje metodológico a la misma procede de la manera en que la teoría – al mejor estilo experimentalista- se antepone como explicación a la propia realidad que intenta explicar².

Sin embargo, más allá de las nocivas consecuencias de anteponer la teoría a la realidad social que se estudia, lo que ello revela es la incorrecta concepción de la realidad social como algo consumado, concepción que anula la necesidad de saber por qué lo que es, es lo que ha sido. Si la realidad social está ya dada y nada puede cambiar eso, el estudio de lo que está dado abona básicamente a su descripción, explicando dicha relación en función de ello. Pero si tal cual aquí asumimos, la realidad social no está dada de antemano, sino que se concibe como una cristalización de su dándose, el estudio de la misma deberá preguntarse por la propia concreción de su posibilidad. Ello precisa de un acercamiento distinto a la descripción: requiere, pues, de comprensión.

Así, pensar en qué ha hecho posible una realidad social parte de entenderla en su diferencia con otras realidades sociales co-presentes o bien pretéritas ya que en su concreción cada realidad social es única, tal y como se postula desde la epistemología crítica. La univocidad de toda realidad social, su identidad propia, está conferida históricamente por los factores, quiebres y detonantes que la construyen, a manera de una coyuntura, haciendo de ella la realidad que es.

De esta manera se puede advertir con facilidad que cada realidad social tiene una historia propia. No quiere decir esto que no comparta con otras algunos aspectos de su constitución, sino más bien que hay coyunturas (conjunción de factores) que la hacen ser única, ser lo que es, en tanto es ello lo que configura la posibilidad histórica de su concreción como realidad. Por ello, una realidad social que no se entienda como única cancela de facto la posibilidad de entenderse en su propia constitución; de ahí que el criterio de univocidad de toda realidad esté dado precisamente por su dinamismo intrínseco, por su historicidad. Si la realidad social no estuviera *dándose*, no tendría posibilidad alguna de ser única; sólo podría ser una y la misma.

Pero ser una y la misma realidad social en todo tiempo y lugar es un sinsentido que no resiste siquiera la prueba de la observación. La realidad social está en constante cambio, en constante movimiento, aun y cuando sus diferencias no sean siempre visibles a simple vista. En ese sentido, se ha de admitir su movimiento intrínseco como el movimiento de la Tierra alrededor del Sol. No lo vemos, pero ahí está, y sería absurdo negar su existencia.

Así, la identidad de cada realidad social se halla estrechamente asociada a las propiedades de su movimiento, siempre eventualmente contingente, imprevisto, azaroso y potencialmente nuevo, inédito. Con ello se factura la emergencia de sus posibilidades de ser, mismas que se concretan o no en la realidad histórica, a medias o completamente, en función de disímiles factores intervinientes que son los que configuran las capacidades y posibilidades de movilidad y oscilación que su propio ritmo le imprime.

² He aquí una contradicción notable que ha dado a la luz una buena cantidad de confusiones en torno a la investigación social y en particular en lo que respecta a la investigación de la comunicación. Ejemplo de ello, por sólo citar uno de los más frecuentes, es la terca negación de la existencia de variables, sobre todo cuando se trata de investigaciones cualitativas.

Como estas capacidades y posibilidades de movilidad y oscilación se encuentran también condicionadas socio-históricamente, es previsible entender que estas actúan acotando (o potenciando) el movimiento mismo que se concreta como una posibilidad entre otras en lo real históricamente posible. En ese sentido, cuando observamos la realidad social, observamos un fragmento de esa concreción; de ahí que indagar en ella implique, comprensivamente hablando, indagar también en la coyuntura que la hizo posible.

Así, investigar la realidad social entendiéndola como una realidad históricamente cristalizada, concreta, permite suponer que dicha cristalización ha sido la posible en función de las condiciones objetivas y subjetivas de la incidencia de lo histórico en la realidad del presente. Así vista, la realidad social no puede ser algo dado de antemano o de una vez y por todas, sino algo que se concreta –por diferentes razones– en lo que percibimos como tal.

Ello, que a su vez interpone la idea de la percepción como un dominio de realidad que se configura intrínsecamente en su entrelazamiento con la cognición, denota que el problema epistemológico que supone todo acercamiento científico a la realidad social, se halla a su vez constituido por el problema onto-epistemológico del que hablamos con anterioridad en el primer capítulo, donde deja de tener sentido la descripción como método científico. Describir, en ningún caso, nos acerca de mejor manera a la realidad social y a los fenómenos que de ella estudiamos. Yerra a nuestro juicio la sociología pragmatista de Lemieux (2017) cuando hace de la descripción el método sociológico por excelencia.

De acuerdo con los planteamientos zemelmanianos al respecto, la tarea de la ciencia social no puede ser la descripción que a su vez trae asociado ese carácter explicativo de tufo positivista con el que no concordamos. La descripción-explicación debe ceder paso a la comprensión, y en particular a la comprensión histórica, entendiendo a la historia desde la posibilidad concreta del presente, siempre con miras al futuro desconocido.

Desde esta perspectiva, la acción social que es en su base lo que rige el funcionamiento de la realidad social, no puede ser comprendida desde el presente sin las necesarias referencias que se constituyen desde la memoria histórica y que se concretan en el presente como posibilidad histórica de significación, de conjunto con las motivaciones subjetivas e intersubjetivas de los sujetos que hacen posible que dichas posibilidades históricas de significación hallen o no pertinencia para concretarse.

Así, la realidad social del presente supone necesariamente para su estudio hurgar en sus articulaciones con el pasado (memoria histórica) y con el futuro (expectativas contenidas en las motivaciones subjetivas e intersubjetivas) desde la experiencia de los sujetos históricos que actúan e interactúan, configurándola, en tanto son esos mismos sujetos los que le imprimen el carácter dinámico que la caracteriza en el presente. Así, el presente de cualquier realidad social no puede explicarse fuera de esta insoslayable interrelación, lo que demanda un acercamiento metodológico comprensivo –dialéctico, incluso– más que descriptivo, tal y como bien sugiere la epistemología crítica.

Dicho acercamiento metodológico, en los términos en los que aquí lo hemos descrito, soslaya por inoperante para la ciencia social el acercamiento descriptivo que toma forma a través del hipotético-deductivo en el paradigma positivista, tanto como pierde pertinencia desde el paradigma constructivista-hermenéutico. En consecuencia, ello demanda una inversión en los modos de hacer y pensar la investigación de la realidad social.

En el apartado que sigue, apuntamos algunas reflexiones vinculantes al respecto desde la reflexión en torno a la articulación entre historia, comprensión y realidad social.

2.3. La comprensión de la realidad social como historia del presente

Interesada en el porqué (pensamiento especulativo, basado en lo inobservable) y no en el qué o el cómo (pensamiento descriptivo, basado en lo observable) de la cristalización de la realidad social, la epistemología crítica busca poner el acento en la lógica del descubrimiento científico que, como ya se ha señalado, factura un discurso de la ciencia centrado en la colocación del científico ante la realidad social y no en la apropiación de ésta. Ello, por supuesto, implica al discurso de la apropiación como discurso de la descripción-explicación, vinculado al qué y al cómo de la constitución de la realidad, y al discurso de la colocación como discurso del descubrimiento, vinculado al porqué.

En ese sentido, como ya se dijo antes, lo anterior tiene implicaciones políticas; y la obra de Zemelman se halla fuertemente imbricada en ello desde una concepción del quehacer científico en la investigación social que acentúa su papel transformador en la consecución de un mundo deseable. Es importante mencionar que esta naturaleza política de la epistemología crítica zemelmaniana encuentra su sentido en la noción de utopía de Ernest Bloch, entendida como posibilidad transformadora.

Como se puede observar, este pensamiento de Bloch apunta al entendimiento del ser humano y a la potencialidad de su acción transformadora, lo que va estrechamente ligado con la idea del discurso de la ciencia como colocación y con la lógica del descubrimiento científico, ambos aspectos implicados en la práctica de la investigación social desde una teleología científica no predictiva, sino más bien especulativa, comprensiva y transformadora políticamente. La diatriba en torno al papel de la ciencia social en la transformación social es así zanjada. Nosotros coincidimos, y a partir de ello procuramos centrar nuestra atención en las consecuencias epistemológicas y metodológicas del discurso de la ciencia como colocación ante el mundo, implicando en ello el debate sobre la ontología de la realidad social. Veamos.

La idea zemelmaniana de la realidad social como dándose en lo dado es equivalente a la de estructura-estructurándose que sugiriera Quintar (2009, p. 32). Esta idea se asienta en la convicción –por nosotros compartida– de que el ser humano se implica en la configuración de la realidad social que habita a través de su actuar, lo que a nuestro modo de ver –tal y como lo veremos en el tercer capítulo de este libro– sucede esencialmente vía la comunicación, es decir, por medio de la praxis comunicativa que se funda desde ésta. Pero como ya hemos dicho, pensar la realidad social como una estructura-estructurándose implica concebirla epistemológicamente como una realidad en movimiento, por más consumada que nos pueda parecer cuando la percibimos.

Por ello, la comprensión dinámica de la realidad se configura como alternativa epistemológica opuesta al determinismo de la explicación. Al trascender la idea del mundo como objeto (lo dado) y posicionar la idea del mundo como horizonte (lo dándose), la epistemología crítica hace patente la necesidad de construir una epistemología de la indagación y la especulación más que de la descripción-explicación.

Esto pone el acento en el meollo problemático de la ciencia social contemporánea, mismo que en opinión de Zemelman (s/f-b) demanda una solución que pasa por desterrar del discurso, el de la ciencia positivista o de herencia positivista. En sus palabras, como ya referimos con anterioridad, este discurso positivista puede nombrarse como discurso de la apropiación, en tanto coloca a la ciencia ante el futuro como previsión del presente (Zemelman, s/f-b; 2009, p. 132). Con ello se anula al futuro como potencialidad en el presente, tal y como se plantea posible desde la utopía blochiana en la que la epistemología crítica hace eco. De esta manera, sin intentar explicar la realidad social para prevenir o predecir al futuro, la tarea del científico social debe centrarse en develar esa potencialidad del presente para definir desde ella ámbitos de la acción posible, entendiendo por tal la acción transformadora (Zemelman, 2009, p. 136; De La Garza, 2001, p. 101).

Tal y como es posible apreciar, la posición de apropiación en el discurso de la ciencia concibe al futuro como un tiempo humano separado del tiempo de la vida, que es el tiempo del presente, lo que anula no sólo a la realidad del presente como algo dándose en lo dado, sino el entretejido histórico donde se recrea a partir de las experiencias subjetivas e intersubjetivas de los sujetos sociales en interacción, desde las cuales es posible concebir el presente construido como un presente construyéndose. Esa tensión en lo dado-dándose, es la instancia vital donde anida el germen de la potencialidad de su propia transformación.

En contraposición con el discurso de la apropiación de la ciencia, Zemelman (s/f-b) propone la construcción de un discurso de la colocación. Este discurso, que para él es imperativo y propio de la tarea científica de la ciencia social, impulsa una relación de conocimiento distinta frente a la realidad que es esencialmente ajena a los vestigios positivistas que aún la circundan. Fincando su crítica en la deshistorización de la realidad social por parte de las ciencias sociales contemporáneas, la epistemología crítica denuncia la falta de apertura de la ciencia social hacia lo inobservable, que es en sus términos lo posible, lo inacabado, lo indeterminado, lo incierto, lo potencial, en suma: la realidad social en su propio ritmo, en su propia configuración y devenir.

Pero lo inobservable no sólo está fuera del alcance del positivismo. Desde el discurso de la colocación en la ciencia se exige una concepción ontológica de la realidad social que es negada también por el discurso postmoderno, de raíz subjetivista, hermenéutica y constructivista en la medida en que éste hace de la realidad sólo un conjunto de percepciones. Consentir el dinamismo de la realidad social como una propiedad constitutiva de ésta sugiere la existencia misma de la realidad, no su negación. En ese sentido, aunque la diferencia entre positivismo y constructivismo se ensancha (los primeros asumen la existencia de la realidad, los segundos la cancelan), estas desemejanzas no operan en ningún caso a favor de entender el dinamismo intrínseco en toda realidad social.

La dinámica social –así, con todo el peso de la potencial transformación que implica la palabra dinámica–, está a su vez condicionada por la compleja relación entre las estructuras

sociales y las subjetividades que dan forma y contenido a dichas estructuras, por lo que necesitamos –en principio– una comprensión compleja de esa realidad que resulta imposible construir sin incorporar la perspectiva histórica de su constitución que es, en esencia, una perspectiva procesual, dinámica y dialéctica.

Por ello, en aras de asumir el reto de esta comprensión procesual de la realidad social se hace necesario rescatar el papel de la historia en la constitución de la misma; entendiendo a la historia no como el pasado, sino como lo que ocurre en el presente alimentado más bien por la experiencia contenida en la acción social cotidiana, pero siempre de cara a la coyuntura que configuran los escenarios de quiebre potencialmente posibles que permiten pensar por qué la realidad social es como es, por qué tiene esa forma y contenido que observamos y no otra.

El problema está, como se puede ver, en determinar cómo acercarnos a la “objetividad” de dicha realidad, a sabiendas que estamos implicados como sujetos perceptores en ello. La salida que ha ofrecido Zemelman a este problema es la de la comprensión, entendiendo por tal una metodología que busca captar el movimiento de la realidad, aprehendiendo con ello la articulación entre pasado, presente y futuro a la que hemos aludido con anterioridad. Así, tal y como hemos venido sosteniendo, concebir la realidad social como un hecho consumado, no sólo la estatiza, sino que la deshistoriza, enfilando su abordaje metodológico hacia la percepción natural y no hacia la indagación propiamente científica.

Y es que, si la realidad social siempre es la realidad del presente, investigarla usando nuestra percepción natural es confiar a nuestros sentidos en ese presente observado, toda su comprensión. Ello, que además evade el problema de la construcción del conocimiento científico, y también el problema mismo de la percepción de la realidad (el problema onto-epistemológico que subyace a cualquier evento cognitivo), abona a la incorrecta suposición de que la realidad es objetiva porque la percibimos en tanto fuera de nuestra propia realidad como sujetos, derivándose de ello la errónea conclusión de que la percibimos, además, objetivamente.

El saldo de tal reflexión es desastroso. Lo que percibimos de la realidad toda, aunque aquí nos interese sólo la social, no es equivalente en ningún caso a lo que la realidad es, básicamente porque nuestra percepción es falible. Pero además lo que la realidad social es, en todo caso, se implica –como ya hemos señalado– en lo que históricamente ha podido ser. De esta manera, comprender la realidad social del presente como la cristalización de ciertas –aunque no todas– posibilidades y condicionantes históricas de la acción social, sugiere una indagación en el movimiento de la realidad. La propuesta de la epistemología crítica de Zemelman va en esta dirección.

Incluso bajo el aparente manto de la matriz u orden social que a la percepción resulta como dada, la realidad social no desiste en su movimiento, un movimiento que –tal y como hemos dicho– está dado por la acción humana; de ahí la concepción utópica del sujeto histórico que se desprende de la epistemología crítica, donde los individuos juegan un papel fundamental en la transformación del orden social que contribuyen a crear.

Pero esta idea de transformación de la realidad social que la concepción del presente como potencialidad abona, se inscribe a su vez, complementándola en su complejidad, en la noción del presente como lo dado, que es –en contraposición– el lugar donde por excelencia la

potencia se anula. Así, el movimiento de la realidad social aparece en continua tensión entre la posibilidad y la no posibilidad de transformación. Nuevamente, en palabras de Bloch (2004, p. 238):

No habría posibilidad de reelaborar una cosa según el deseo si el mundo fuera cerrado, lleno de hechos fijos e, incluso, consumados. En lugar de ello hay simplemente procesos, es decir, relaciones dinámicas, en las que lo que ha llegado a ser no se ha impuesto totalmente. Lo real es proceso, y éste es la mediación muy ramificada entre presente, pasado no acabado y, sobre todo, futuro posible.

Vista así, la realidad social es irremediabilmente un ente vivo, un dándose siempre a través de la intervención humana, apelando así a la potencialidad del presente —que es lo que nos revela una realidad inédita, inacabada, siempre incierta—. A propósito de lo anterior Gallegos (2009, p. 23) señala que explicar los fenómenos de la realidad social como continentes que a su vez contienen espacios de posibilidades u opciones, algunas incluso no plenamente conformadas, instala un sentido de la realidad social como coyuntura que, como dijera Zemelman (2009, p. 66), resulta instancia para la construcción de los objetos al interior de la historia. Desde esta perspectiva, de acuerdo con Zemelman (s/f-b), la historia debe ser concebida como construcción de lo posible (de lo que en su ocurrir en el presente, por razones diversas, cristaliza en formas y contenidos concretos, pero para nada determinados de antemano) y no como constatación de lo objetivo-dado.

Esta inversión categorial de la epistemología crítica hace eco en la distinción que hiciera Braudel (1979) entre historia natural e historia posible, dando cuenta así del dinamismo de la estructuración de lo histórico-concreto en tanto mecanismo de emergencia de las posibilidades contenidas en la coyuntura desde sus diferentes modalidades. Por ello es que la epistemología crítica cifra en la praxis social —que, como más adelante explicaremos, nosotros entendemos como consecuencia de la praxis comunicativa— el aspecto de la direccionalidad de dicho movimiento (Zemelman, 2009, p. 65). Por medio de la praxis social se anula la posibilidad de una realidad social como totalidad trascendente, consumada, inamovible, para fincar en su lugar —como hemos visto con anterioridad— un concepto de realidad social como totalidad concreta, coyuntural, potencial, donde coexisten todas las posibilidades no reveladas, no observadas, en el proceso de constitución de la misma.

Como ya hemos advertido, la metodología de la descripción-explicación de la realidad, herencia del positivismo de la ciencia natural, no es capaz de satisfacer estas exigencias epistemológicas. Y es que, enfocando su mirada en la realidad observable, misma que, en tanto tal, es una realidad que aparece vinculada siempre al observador y a sus cualidades de sujeto, incorpora en su explicación la máxima kantiana sujeto-objeto que en tanto supone el reconocimiento de la subjetividad en la construcción del conocimiento, acota su propia mirada a la dimensión de la experiencia observacional desde el polo existencial del sujeto mismo.

Así, como también ya hemos señalado, este acercamiento a la realidad social vía la experiencia perceptiva no es —ni puede ser— un atributo del pensamiento científico, ciertamente diferente, distintivo, de otros tipos de pensamiento. Ya se ha demostrado cómo este tipo de

acercamiento configura la aprehensión natural, básica, que deriva de toda experiencia, y desde ella la realidad no resulta –no puede resultar, de hecho- una estructura abierta, dándose en lo dado, sino más bien una cerrada, consumada, inamovible, debido a que la observación de lo observable es lo único que puede aprehender. La relación sujeto-objeto, propia de esa percepción natural, impide así captar el movimiento intrínseco de la realidad, pues nuestra percepción está acotada por sus propios límites perceptivos.

En contraposición, la construcción de una relación de conocimiento que comprenda la dimensión histórica de la experiencia (Zemelman, s/f-b) visibiliza a su vez la experiencia del dándose de la realidad social, en tanto proceso de configuración y reconfiguración constante. Por ello, desde la epistemología crítica, el análisis de la dimensión histórica de la experiencia intersubjetiva es insoslayable para la ciencia social en tanto permite vehicular una comprensión más compleja de la misma a partir de una relación de conocimiento del científico hacia la realidad viva que contribuyen a crear los sujetos mismos.

Más allá de lo observable, la experiencia histórica –inobservable *per se* de manera directa- es la que constituye el caldo de cultivo para la configuración y emergencia históricamente posible de la realidad social. En ese sentido, es posible afirmar que es la reconstrucción del horizonte histórico de comprensión de la realidad social lo que otorga a la ciencia social la capacidad para estudiar el peso de la historicidad del sujeto en la constitución de la realidad, en tanto dicha constitución es también lo que hace al sujeto constituirse históricamente como tal. Ello, como se puede notar, implica cancelar las posiciones de conocimiento sujeto-objeto que implanta desde la naturaleza humana el sentido de la comprensión de la realidad en términos de una relación de conocimiento del sujeto consigo mismo, para dimensionar una relación sujeto-sujeto que evidencie las formas y contenidos que le otorga su propia historicidad. La historicidad del sujeto, así entendida, es la que configura el presente de la realidad social desde lo que Zemelman (2009, p. 60) llama un “existir históricamente”, mismo que a diferencia del existir del sujeto desde su experiencia individual, biológica y psicológica, posibilita una comprensión dinámica y coyuntural de la realidad, en tanto atravesada necesaria e insoslayablemente por las diferentes subjetividades históricas que, en su interrelación, la constituyen.

No entender lo anterior cancela la posibilidad de indagar en lo no observable, aunque ciertamente real, existente, en la realidad del presente. Por ello, la propuesta de la epistemología crítica busca situar dicha historicidad en tanto dimensión social de la experiencia, rescatando así al sujeto y a su papel en ella, e implicando a su vez a la realidad en la propia constitución del mismo.

Dicha historicidad se halla contenida en lo que Zemelman llama las estructuras parametrales de la acción y el pensamiento. En el apartado que sigue reflexionamos sobre ellas.

2.4. La realidad social como expresión y concreción de un horizonte de significación

El movimiento de la realidad social, en su *ocurrir ocurriendo*, apunta al descubrimiento de su potencialidad, que es lo que para la epistemología crítica –a nuestro juicio de forma correcta-

constituye la vocación científica de la ciencia social. Ello, como ya se ha dicho, supone una concepción de la realidad inscrita en los vaivenes de la vida misma, de la imprevisibilidad, la incertidumbre, el azar y el caos, donde se imbrican también, y de manera preponderante e insoslayable, la voluntad y el libre albedrío de los actores sociales.

Subyacente a este movimiento de la realidad social se halla lo que hemos venido nombrando aquí como lo inobservable, que en palabras de Zemelman (2009) se concreta a través de una especie de estructuras o parámetros mentales, históricamente acotados, que orientan e incluso pueden llegar a regular el pensamiento y la acción humana. Según este epistemólogo chileno, las estructuras parametrales son superestructuras que, en sus términos (Zemelman, 2009, pp. 66-67), permiten la concreción de los procesos históricos, en tanto contenidos de la consciencia histórica intersubjetiva.

Tomando el concepto de superestructura de Marx (1989), pero a la inversa, las estructuras parametrales zemelmanianas no son propiamente esquemas conceptuales, sino más bien marcos de referencia colectivos que se concretan desde y en el orden de una realidad social en un tiempo-espacio determinado, en términos generales a través de la cultura, sus mecanismos de operación y productos, entendiendo a la cultura como organización social del sentido, tal cual lo señalara acertadamente Giménez (2007).

En ese sentido, como se puede colegir, las superestructuras o formaciones parametrales configuran –al mismo tiempo que son configuradas históricamente por– las experiencias subjetivas e intersubjetivas expresadas en la acción social. Las estructuras parametrales se conforman, así como “atmósferas” de sentido, gestando una especie de sensibilidad que mezcla tanto afectos como razones.

Es esto último lo que concreta la inversión del pensamiento marxiano desde la epistemología crítica, pues mientras para Marx la superestructura (ideología) siempre depende en última instancia de la estructura (base económica de toda sociedad objetivada en modos concretos de producción del capital), desde la epistemología crítica –con lo que coincidimos– se defiende la tesis de que el papel de estas superestructuras no es subsidiario de la estructura económica sino más bien interdependiente, en tanto las superestructuras contribuyen a la conformación, reproducción y/o transformación de las estructuras sociales en cuestión, y viceversa.

Una ejemplificación bastante clara al respecto es la que se da alrededor del tema de la equidad de género. Hoy en día, en la urbana cotidianidad de nuestra realidad social, ha comenzado a aumentar la sensibilidad social respecto de este tema. Esta sensibilidad conforma una atmósfera cultural, simbólica, que presionada por el devenir de la realidad misma ha comenzado a transformar lentamente las prácticas y roles socioculturales de hombres y mujeres. Es ello lo que Zemelman llama estructuras parametrales, que a la luz de este ejemplo es posible advertir como sensibilidad más que como ideología propiamente dicha. En ese sentido, la sensibilidad a favor de la equidad de género impacta en la constitución de la realidad social en la medida en que los sujetos, con sus acciones y pensamientos, son a su vez impactados por ella en un movimiento de afectación mutua que no excluye –hay que aclararla posibilidad siempre contingente de tensiones o conflictos, tal y como lo vemos hoy respecto al tema en cuestión.

La sensibilidad como atmósfera del sentir-pensar es el lugar donde la epistemología crítica pone su acento en aras de advertir un nicho de transformación social posible, es decir, una coyuntura histórica; de esta manera, las estructuras parametrales, en tanto matrices referenciales de la realidad limitan tanto como potencian el pensamiento y la acción social, pues estas son simultáneamente reflejo y desarrollo de un orden socio-histórico determinado, fraguado al calor de la lucha social que se teje —conscientemente o no— segundo a segundo en la vida cotidiana.

Las estructuras parametrales zemelmanianas pueden ser descritas desde el concepto de racionalidad sensible de Welsh (1998), un concepto que aprehende la racionalidad en términos amplios, incluyendo en ella emoción, sensorialidad, afectos. De esa manera, la racionalidad sensible se parece más a un tejido, a una trama de hilos disímiles urdida muchas veces de forma inconsciente, que opera como referencia para significar el mundo, la vida. La idea de parámetro evade así la imagen de cerco, más estructural y determinante para abonar a una noción de referencia, cuya función es más orientativa.

Así vistas, las estructuras parametrales configuran una dimensión insoslayable de lo real históricamente posible, actuando como mediadoras de la experiencia intersubjetiva. Las estructuras parametrales están insertas en el pensamiento y la acción de los actores sociales y expuestas justo por ello a su modificación. Son una especie de representaciones sociales que cuando dejan de ser significativas son necesariamente sustituidas por otras.

Sin embargo, esta sustitución es siempre gradual y desigual, lo que habla del movimiento de la realidad social, de su dinamismo intrínseco, de sus capas y niveles diversos, de los disímiles ordenamientos que en ellas se dan, básicamente debido a la asimetría entre estas estructuras que conviven, incluso contradictoriamente, en una misma unidad espacio-temporal.

Como se puede ver, lo anterior contrasta con el determinismo marxiano antes descrito donde la realidad social adquiere un tinte ontológico positivista, pero también contrasta con la revisión neomarxista de Bourdieu (1990; 1997), muy de moda en la ciencia social contemporánea, que, al asumir a la realidad social como estructura estructurante, también abona a la cancelación de su movimiento. El concepto de habitus bourdiano —a pesar de la apertura al que el propio autor lo sometió en sus últimos escritos— da cuenta en el fondo de este condicionamiento determinante, estructural, que apela a una concepción consumada de la realidad social, tal cual se hace desde el positivismo que intentó y —de cierta forma, y en alguna medida— también logró superar el sociólogo francés.

Pero la propuesta de la epistemología crítica, como ya hemos comentado, corre por otros caminos. Desde ella, el estudio de la realidad social no debe soportarse en el ideal positivista de la explicación, sino más bien desde la comprensión del dinamismo constante de la realidad social siempre *históricamente siendo*, que abona a una concepción de esta, tal y como ya hemos comentado, como estructura estructurándose.

Por ello es que entre el neomarxismo de Bourdieu y la revisión-inversión que del pensamiento marxiano se hace desde la epistemología crítica, la diferencia, como se puede ver, es sustancial. De hecho, es necesario comprender que la epistemología crítica no niega la posibilidad de un acercamiento científico como el que hace el estructural-constructivismo de Bourdieu desde su teoría de los campos sociales, sino que más bien se sitúa en un nivel diferente de discusión, más abstracto o sintético, y ciertamente más epistemológico.

La epistemología crítica permite inscribir la teoría de los campos sociales del sociólogo francés dentro de su propia concepción, como opción posible, para aquellos casos donde la captura del sujeto por el orden social resulta en última instancia el modo correcto de abordaje. En ese sentido, si bien la teoría bourdiana intenta aprehender el dinamismo de la realidad social, queda a deber en su propia explicación debido fundamentalmente a la concepción de realidad social de la que parte, a la que básicamente considera desde el punto de vista durkhemiano (Durkheimn, 2003) que la explica como una totalidad regulada por “leyes”. En ese sentido, la asunción del azar y de lo imprevisible en la teoría bourdiana es marginal, y sobre ello concretamente recae la crítica epistemológica al respecto.

Para Zemelman (s/f-b) –y nosotros con él- la realidad social, en tanto movimiento continuo, es esencialmente potencialidad; y de manera particular, potencialidad histórica, es decir, ritmo que cristaliza en un espacio-tiempo determinado gracias a la acción social, fundando sociedad, cultura e historia. Así, la manera en que ciertas condiciones estructurales de la realidad social (condiciones objetivas) resultan correspondientes o no con ciertos referentes o parámetros que se tienen de ella (condiciones subjetivas), hacen posible el tipo, forma y contenido de la acción social misma que, justo por ello, no puede estar determinada de antemano en tanto constituye el resultado o fruto de la experiencia histórico-concreta, siempre potencialmente disímil e imprevisible, de los actores sociales a lo largo y ancho de su experiencia de vida.

En ese sentido, lo que observamos siempre en la realidad social son momentos de cristalización en los que intervienen de manera específica los significados que los sujetos/actores sociales construyen sobre dicha experiencia, derivando de ello la concreción de su acción y pensamiento en un momento histórico específico, a su vez configurado a través de la tensión entre las estructuras sociales y las subjetividades que la constituyen. Estos significados, históricos e intersubjetivos, conforman las estructuras parametrales zemelmanianas.

De ello se desprende que la consumación de la realidad social como un hecho dado y observable de forma instantánea (que en ningún caso cancela su estatuto dinámico como estructura-estructurándose), depende de la manera en que se articulan desde la acción social los significados intersubjetivos construidos históricamente por medio de la experiencia social. A partir del hecho de que estos significados se activan, se negocian y actualizan al calor de la interacción social (lo que sucede siempre de forma desigual, asimétrica) es posible configurar una idea de cómo la realidad social se *mueve*, constituyéndose en su concreción paso a paso, de manera más o menos imprevisible, azarosa, potencial. Ello, creemos, contribuye a evocar la imagen de esa realidad como única, incierta e inédita que cristaliza o se concreta en lo real en tanto históricamente posible, sin anular su movimiento intrínseco.

Lo anterior, como se podrá notar, nos coloca de cara al desafío metodológico en la investigación social. ¿Cómo hacer, más allá de la comprensión, para aprehender científicamente este movimiento? A continuación, de la mano de Zemelman y en concreto lo que él llama el uso crítico de la teoría, construimos algunas alternativas.

2.5. El uso de la teoría en la aprehensión del dinamismo de la realidad social

Como se podrá notar, para dar cuenta de lo anterior, desde la epistemología crítica un nuevo paradigma científico debe ser inaugurado, y éste debe suponer también al pensamiento dialéctico, es decir, al pensamiento que se postula desde los escenarios de contradicción y síntesis en el procesamiento de la información y que es, básicamente, la instancia formal donde anida el pensamiento especulativo.

Este pensamiento, en tanto eje constitutivo del quehacer científico en la ciencia social, revela así una apuesta por la reivindicación del sujeto, que no sólo está obligado a colocarse frente al mundo y construir ámbitos de acción posibles –tal cual lo plantea De La Garza (2018) a propósito de la tarea de la ciencia- sino que permite o posibilita la constitución del sujeto –concretamente el científico- en términos de un sujeto consciente de la historia, es decir, de los procesos de su propia constitución, y en ese sentido, de su constitución como sujeto constructor de su propia realidad.

Esto que parece una verdad de Perogrullo, es justo lo que la investigación social hoy en día no está revelando. Como ya hemos señalado, el impacto del pensamiento fenomenológico y hermenéutico-constructivista durante la segunda mitad del siglo XX, en franca oposición al positivismo y el método hipotético-deductivo dominante, si bien tuvo una incidencia notable en la praxis de los científicos sociales, legó a su vez un subjetivismo que lejos de resolver la tensión que trajo aparejada el socavamiento del positivismo, pospuso el necesario debate sobre el método científico en las ciencias sociales, dejando sin tocar uno de los núcleos más problemáticos de esta herencia.

Lo paradójico de ello es que a través de este camino contribuimos todavía a acentuar una idea de realidad equivocada, incorrecta, errónea y, de cierta forma también perniciosa para la tarea de la ciencia, concretamente de la ciencia social, facilitando la reproducción del canon científicista del que postmodernamente se ha abdicado a través del legado de la hermenéutica y el constructivismo que precisamente plantea lo contrario. La herencia positivista cohabita así –aunque ciertamente no sin conflictos- con la herencia hermenéutica de los estudios del lenguaje, más cualitativos, historicistas y fenomenológicos-constructivistas.

Esto, que es una realidad patente en buena parte de la investigación social contemporánea, revela una fragmentación epistémica y metodológica en las ciencias sociales que parte prácticamente en dos a la praxis de investigación de los científicos sociales: aquella que se enfoca en el análisis de las estructuras, de raigambre positivista, y la que se centra en el análisis de la subjetividad, haciendo eco en el núcleo epistémico hermenéutico y constructivista; en esta última –mayormente- se encuentra el grueso de las investigaciones sobre la comunicación.

El resultado es, en lo general, una fractura en la explicación y comprensión de la agencia, en especial de la agencia científica de los científicos sociales como mecanismo para la transformación social, que en lo concreto revela también la confusión epistémico-metodológica que anida y afecta el quehacer científico mismo.

El problema de fondo es el de la relación entre el método científico y la relación de conocimiento que establecemos con la realidad social a partir de él. Renunciando a medias al positivismo y su herencia hipotética-deductiva, la ciencia social contemporánea –y el campo de estudios sobre la comunicación no es la excepción- se encuentra atrapada en investigaciones interesantes, pero puntuales, descriptivas en la mayoría de los casos, en tanto hacen del tema de investigación (lo observado) su propio objeto de estudio. Ello sin duda alguna, evade el núcleo mismo de la comprensión de la realidad social que se intenta estudiar, y lo hace porque una concepción de la realidad social que se sostiene en la idea de lo observado, como ya hemos visto, abona a una reducción epistémica y metodológica de la misma.

Es esto lo que se ha concretado a partir de dejar de lado el papel de la dinámica histórica en los análisis sobre la realidad social; su ausencia impacta en el diseño de las propias investigaciones científicas que al hacer del tema el objeto de estudio terminan por abonar explicaciones presentistas, pertinentes algunas –e incluso rigurosas en muchos casos-, pero ciertamente deudoras de una concepción inadecuada de realidad social que, además, impacta negativamente también en la emergencia del pensamiento especulativo, y en consecuencia en la manera en que se construyen las preguntas de investigación. Una pregunta de investigación que indague en la realidad del presente como una realidad consumada impide ampliar el abanico de indagación sobre ella.

Hoy en día, además, asistimos a una separación entre metodología y epistemología que cimbra su estatuto en el incorrecto sentido de la metodología como técnica, y en la también incorrecta asunción de la epistemología como teoría. Esta separación ha permitido organizar la investigación social alrededor de temas y no de núcleos problemáticos, desestimando un debate insoslayable y primordial en toda actividad científica social: la manera de entender la realidad social, pues justamente de este entendimiento parte la manera en que nos acercamos a ella para estudiarla: el método científico.

La ciencia social, y particularmente el campo de estudios sobre la comunicación, ha obviado mayormente esta discusión sobre el método científico, tarea que se piensa cercana a la filosofía de la ciencia y por supuesto a la epistemología. Y sí, no hay dudas de que el debate académico en torno al método científico forma parte del contenido científico del pensamiento filosófico. Lo injustificable es que como científicos sociales estemos mayormente al margen de él, centrados –como estamos- en producir datos para verificar teorías que, al menos en principio, pueden resultar desfasadas con respecto a la realidad social que estudiamos hoy, toda vez que esas teorías –en el mejor de los casos- constituyen explicaciones sobre una realidad presumiblemente diferente, en tanto pretérita. Pero como bien señalara Zemelman (s/f-a), estos desajustes no son una invención; existen debido a la propia naturaleza mutable de la realidad social.

Si tenemos en cuenta que el método científico del paradigma positivista, el hipotético-deductivo, soporta su idoneidad sobre la base de una concepción de la realidad toda, incluida la social, como realidad consumada, dada y objetiva, ajena por ello a la subjetividad de los actores sociales, parece claro que dicho método resulta inoperante para la ciencia social. Sin embargo, los científicos sociales muchas veces reproducimos el error al hacer uso sin cuestionamiento previo de las teorías previamente existentes para estudiar la realidad social.

Es así como, a grandes rasgos, se reproduce la errónea idea de que entender la realidad, o explicarla incluso, consiste en intentar verificar la teoría, popperianamente siempre falsable por definición, a través de la producción de datos que la investigación aplicada provee. Y es a ello, entre otras cosas, a lo que reacciona el paradigma de la epistemología crítica zemelmaniana constituyéndose en uno de los más grandes esfuerzos contemporáneos por pensar la tarea de la ciencia social desde posiciones epistémicas y metodológicas que dan en el corazón mismo del grave problema que enfrentamos los científicos sociales: el problema del método científico.

La epistemología crítica zemelmaniana parte del legado del pensamiento presocrático – específicamente de sus categorías de lo inacabado y lo potencial- para pensar el movimiento de la realidad social, concibiéndola así como una realidad dinámica, mutable, incierta, a pesar de sus constreñimientos estructurales, mismos que hay que entender desde Zemelman, básicamente, desde su concepción de parámetro.

Es desde ello, precisamente, que emerge la idea de incertidumbre con respecto a la realidad. Así la presencia de esta incertidumbre, que no puede explicarse sin la imagen del movimiento en la realidad social, trastoca –positivamente en nuestra opinión- la relación procesual entre pasado-presente-futuro, actualmente relegada al estatismo, para fincar una propuesta científica de orden epistémico y metodológico, que en sus bases –como ya hemos señalado antes- es también esencialmente política.

Tal y como hemos visto con anterioridad, la fuerza de este planteamiento recae en la noción de horizonte utópico de Ernest Bloch (2004) quien asume a la utopía no como lo deseable a futuro, sino más bien como la posibilidad –en tanto acción históricamente posible- de la transformación social. En ese sentido, el futuro, tanto como el pasado, no son entidades temporales ajenas al presente; más bien todo lo contrario: lo constituyen.

Esto abona a una concepción del presente, concretamente de la realidad social del presente, como lo inacabado, lo indeterminado, en tanto procesual e incierto. En ese sentido, se desmitifica el presente como algo dado, es decir, como un hecho consumado, asumiendo más bien que esté presente –el presente que constituye y conforma la realidad social observable- es en realidad una constelación, un mundo de relaciones en diversos niveles y articulaciones, conformando así un horizonte con ritmo propio, no a la manera de “leyes”, sino como un ritmo que especifica su apertura, su inconclusión.

La interacción dinámica y esencialmente imprevisible entre los actores sociales, cada uno desde sus posiciones estructurales asimétricas y sus también asimétricos y desiguales recursos para gestionar su vida social y personal, tiene su origen en la experiencia histórica de dichos actores (tengamos en cuenta que la experiencia histórica del presente está atada tanto a la memoria del pasado como a la proyección del futuro) la cual se factura de la mano de su subjetividad.

De acuerdo con lo anterior, es esta interacción social entre los diferentes actores sociales lo que hace posible la constitución de la realidad social, al mismo tiempo que la constitución misma de los sujetos en tanto sujetos sociales. Por ello, es plausible sostener que esta concepción dinámica de la realidad social constituye en sí misma un cuestionamiento también a la objetividad entendida con independencia de la acción humana.

Asumir lo verosímil de este planteamiento implica además perfilar la tarea científica no sólo en términos epistemológicos, es decir, de qué entendemos por realidad social, sino también en términos metodológicos, o sea, de cómo acceder a ella mediante la investigación científica. Por ello, más allá de denunciar el supuesto divorcio entre el observador y lo observado –tal y como plantearon acertadamente en su momento Maturana (2015) y Maturana y Varela (2009), y otros autores más desde la segunda mitad del siglo XX, y que constituyó uno de los factores que dio origen a la revolución hermenéutica en la ciencia social-, la epistemología crítica zemelmaniana posiciona el debate sobre el método científico en términos de cuestionamiento-descubrimiento.

Como ya hemos señalado, ello contrasta tanto con las premisas del positivismo, desde donde se apela a una noción del presente como lo dado en tanto observable, como desde el legado hermenéutico que asume a la realidad social como construcción narrativa. Desde ellas se cancela la impronta de la potencialidad del presente sobre la que pone el foco la epistemología crítica en aras de su posible transformación, ya que entender la realidad social como algo consumado anula ciertamente no sólo el movimiento de la misma, sino también la incertidumbre y el azar presentes en su devenir, que es la base de toda transformación. En ese sentido, cualquier acercamiento científico a la realidad social que impida u obstaculice la aprehensión de esta realidad inédita, incierta, siempre en constante configuración y reconfiguración, reproduce la incorrecta noción de realidad social como realidad consumada, estática, inamovible, y por tanto intransformable.

Desde el punto de vista metodológico, la praxis científica desde donde se estudia a la realidad social como algo dado, es decir, como descripción de un presente observable, naturaliza el papel de la teoría como escenario explicativo de la realidad asumiendo que hay teorías que ya la han explicado. Ello, como hemos señalado con anterioridad, invita a la investigación social a verificar a través de datos empíricos dichas teorías, en plena connivencia con el hipotético-deductivo. Sin embargo, si algo es intrínsecamente criticable del positivismo y el hipotético-deductivo es la práctica del apriorismo teórico, que en esencia antepone la teoría a la realidad.

Ello se explica por todo lo que hemos venido comentado. De hecho, si se piensa bien, tiene sentido anteponer la teoría a la realidad si se piensa que esa realidad no cambia, de manera que con ello se asume que el potencial explicativo de la propia teoría no sólo es vigente, sino también incuestionable. Y no es que no haya cuestionamiento teórico al interior de la investigación de la ciencia social, pero lo hay –y esa es la diferencia con la epistemología crítica- cuando la teoría ya no se confirma por medio de la investigación de campo, es decir, cuando los datos empíricos demuestran que la teoría ya no sirve para explicar la realidad. Así, al mejor estilo kuhniano (Kuhn, 1971), una teoría es sustituida por otra.

Pero, como se puede ver, la sustitución de una teoría por otra no resuelve el problema del método científico que sigue siendo un pendiente para la ciencia social hoy en día, y no lo resuelve porque no cuestiona el estatuto ontológico mismo de la realidad social, centrado en su dinamismo intrínseco. El resultado es lo que Zemelman (2009) llama un uso estándar de la teoría y que lamentable y erróneamente se ha constituido como el modo legítimo de hacer ciencia a partir de concebir codificaciones conceptuales y teóricas *a priori* para investigar una realidad social siempre cambiante, y justo por ello inédita, única.

Lo anterior se hace evidente a partir de reiterar la importancia del marco teórico, cuando en realidad dicho marco configura más bien un cerco teórico-conceptual que, como se puede

colegir, busca y encuentra en lo empírico, lo mismo que proponen dichas teorías, verificándolas y reproduciendo así el conocimiento científico. Y es que el uso estándar de la teoría abona a la construcción de marcos teóricos desde los cuales se encasilla a la realidad a estudiar, como si la teoría por sí misma pudiera *a priori* describirla. Lo que subyace a ello es una concepción inmóvil de realidad, que deja fuera todo lo que está *siendo*.

La metáfora de la fotografía, como captación de un instante, es elocuente para ilustrar el error. Así, la realidad a estudiar se adecua –arbitrariamente– a la teoría que mejor la describe, impidiendo la necesaria síntesis teórica –novedosa por derecho propio– que se factura desde la lógica del descubrimiento que se propone desde la epistemología crítica. En ese sentido, acceder a la comprensión de la realidad social desde esta noción equivocada impide ver lo que se está *dando*, lo que está *pasando* (así, en gerundio) en ella. No hacer evidente este movimiento intrínseco de la realidad social implica reducir a una instantánea toda su complejidad, pero de forma enfática, todo su devenir, su *siendo*, su *ocurriendo*.

¿Cómo aprehender entonces esta realidad esencialmente inédita en tanto dándose a través de conceptos y teorías que describieron y explicaron otras realidades, en principio –por su naturaleza inacabada– diferentes? Esa es la pregunta que configura la preocupación epistémico-metodológica que se hace patente desde la epistemología crítica.

Como el empleo de conceptos codificados de antemano por teorías previas impide captar justamente ese *siendo* de la realidad, el problema a resolver se halla precisamente ahí. Por ello se hace necesario entender que las codificaciones conceptuales y teóricas que explicaron en su momento realidades sociales pretéritas deben *a priori* ser puestas en cuestionamiento por el científico social, y sólo acceder a ellas si la descripción del fenómeno en estudio así lo exige. Ello, no obstante, eventualmente hará visibles las contradicciones intrínsecas del fenómeno desde su propia descripción, contradicciones que habrá que articular desde una nueva perspectiva, configurando así el problema de investigación.

Como se puede ver, lo que aquí se comenta es más bien la posibilidad de construir una perspectiva de análisis *ad hoc* al fenómeno que se estudia, cancelando aproximaciones teóricas *a priori* a él.

Si se entiende la teoría como un conjunto explicativo de proposiciones sobre la realidad, no sólo se supone a la realidad como consumada cancelando el acceso a la comprensión de su naturaleza dinámica, sino que se antepone la teoría a la propia realidad. Con ello se concreta un acercamiento a la realidad estudiada que implica una incorrección metodológica: si queremos saber algo de la realidad, anteponiendo la teoría como lente explicativo de la misma anulamos la posibilidad de que la realidad nos diga algo de sí misma pues la teoría habla por ella; es en ese sentido que se coarta la posibilidad siquiera de describirla, ya no de explicarla, aun comprensivamente.

Descrito así, lo anterior visibiliza un error que debe corregirse de inmediato. La herencia del hipotético-deductivo nos ha conducido a ello bajo la premisa, marginalmente cuestionada epistemológicamente desde la ciencia social, de que la realidad social es semejante en su naturaleza a la realidad natural; pero aún sin cuestionamiento formal, sabemos que no es así: la relación tiempo-espacio en la realidad social adquiere valores diferentes, como ya hemos señalado antes, gracias precisamente a la intervención del sujeto humano en su constitución.

Ello le imprime una lógica distinta; de hecho, para decirlo con Zemelman, le imprime un ritmo, un vaivén propio.

Teniendo en cuenta lo dicho, el apriorismo teórico heredado del hipotético-deductivo, aunado a la desestimación que mayormente hace de la teoría la hermenéutica constructivista, ha llevado a los científicos sociales a asumir su investigación al interior de las dos posiciones metodológicas que hemos señalado con anterioridad: el énfasis en las estructuras (holismo metodológico) y el énfasis en los sujetos (individualismo metodológico). Y esta separación que no hace más que profundizar la brecha en la comprensión de la realidad social, es lo que ha llevado, sobre todo a los primeros a encaminar la vocación científica de la ciencia social hacia la verificación, hacia la producción de datos que logren verificar o no las teorías de las que parten.

Es a esto a lo que Zemelman llama el uso estándar de la teoría (estándar porque así ha sido, por frecuente, por incuestionable), asumiendo no sólo un estatuto ontológico y epistemológico incorrecto de la realidad social, sino también –y precisamente por ello– impidiendo, o cuando menos obstaculizando, el cuestionamiento del sistema de certezas que configura nuestros marcos científicos de referencias (estructuras parametrales para Zemelman), cancelando de paso la apuesta por la lógica del descubrimiento en la ciencia social en cuestión.

En la medida que el uso estándar de la teoría conmina a pensar e investigar la realidad social desde perspectivas teóricas que han servido para pensarla e investigarla en otros tiempos y otras disciplinas, se asume en los hechos que esta realidad es inamovible y circunscrita a la apariencia de lo observado (Zemelman, 2009), lo que niega la posibilidad de abrir el ejercicio indagatorio hacia la aprehensión de esa totalidad inacabada, en gestación, que es la realidad social y humana por definición, desde su propia naturaleza y concreción.

Así, aprehender la realidad social –que siempre está dándose– desde marcos o explicaciones teóricas apriorísticos, no puede ser apropiado para develar los procesos que subyacen en su conformación. Como señala acertadamente De La Garza (2009, p. 28), se trata más bien de abdicar de este uso estándar y fraguar un uso reconstructivo de la teoría, para que desde ahí se pueda comprender la realidad como proceso, y a la teoría como el cuerpo articulado de conceptos siempre en reconstrucción para aprehenderla.

La realidad social debe ser concebida como una interrelación abierta y en constante configuración/reconfiguración entre estructuras, subjetividades e interacciones articuladas, apelando a una concepción de la realidad social como proceso, siempre en construcción por los sujetos sociales, y exigiendo a su vez la exploración de los sentidos como mediadores entre lo objetivado y la acción (De La Garza, 2009, p. 28). Esto, como veremos en el capítulo siguiente, constituye uno de los aciertos más notables de la epistemología crítica, y es ahí donde la comunicación se implica, a nuestro modo de ver, de forma pertinente.

En ese sentido, referir a los significados como agentes mediadores entre lo objetivado y la acción permite afianzar la imagen de que las estructuras parametrales funcionan cual bisagras entre lo estructural y lo subjetivo. Y como las estructuras parametrales configuran en su tejido los contenidos de la conciencia histórica intersubjetiva, se hace necesario metodológicamente hablando acercarse a dicho contenido desde una concepción de la historia como la planteada por Bloch y asumida por la epistemología crítica, es decir: como la emergencia de su

posibilidad en la realidad social del presente.

Es así que el razonamiento histórico implica pasar por la exigencia de pensar históricamente al sujeto, lo que a su vez pasa por la relación del sujeto con su propio mundo de vida donde también se inscribe la experiencia del otro, es decir: la experiencia colectiva, social. En ese sentido, la exploración histórica, como comprensión de la realidad social del presente abre el camino para la exploración de los sentidos históricamente concretados en dicha realidad.

A partir de lo anterior, es fácil advertir que el uso reconstructivo de la teoría lo que sugiere es romper o fracturar los parámetros mentales de referencia, sobre todo los del propio científico, cuestionando *a priori* las teorías existentes; y de esa ruptura emerge el pensamiento crítico que permite comprender la actividad científica como producto histórico y también, tal cual lo propone Zemelman (2009), como un producto de la racionalidad crítica que conmina a la comprensión de sus propios límites, y en específico de los límites de una aprehensión explicativa inoperante.

Es por ello que la epistemología crítica propone buscar entender el proceso, el movimiento, la coyuntura que configura a la realidad social en su propio devenir históricamente posible, desde marcos referenciales que se imbrican en el doble movimiento de la desarticulación-articulación conceptual, donde la desarticulación busca romper con la historia teórica de los conceptos que definen una realidad concreta, para luego, a través de la articulación, relacionarlos con otros en aras de arrojar nuevas descripciones de la misma.

Es ello lo que permite garantizar un acceso a la realidad sin codificaciones apriorísticas. Este mecanismo metodológico, que nosotros antes –de acuerdo con la epistemología crítica– hemos llamado como lógica del descubrimiento, se instala como parte de la discusión sobre el método científico, que implica a su vez retornar al método dialéctico, herencia del pensamiento presocrático.

El método dialéctico, hurgando en la realidad como coyuntura, permite comprenderla en sus pliegues por medio de la relación entre desarticulación (descripción categorial de la realidad en su contradicción) y articulación (síntesis como resolución de dicha contradicción y emergencia de otras). La desarticulación, así entendida, pondera la descripción categorial del fenómeno que es categorial en tanto los conceptos se inscriben en tradiciones teóricas que las categorías no precisan, y descripción en la medida en que describen lógicamente la realidad en cuestión. De esta manera, desarticular los conceptos de sus teorías permite usarlos con otros contenidos o sentidos, y ello funciona para nombrar la realidad, dando cuenta de sus diferencias, de sus contradicciones, de sus ámbitos de coyuntura.

Necesariamente ello sugiere, como se puede inferir, un abordaje no disciplinar. Nombrar la realidad a través de conceptos que no arrastren consigo necesariamente la tradición teórica en la que se inscriben o se han inscrito, revela no sólo la pertinencia del uso reconstructivo de la teoría, sino la importancia que a partir de ello configura la descripción lógica de la realidad en el planteamiento problemático de cualquier investigación científica.

De ahí que el proceso de articulación, a diferencia del de la desarticulación, emerja como perspectiva o foco de análisis, es decir, como una plataforma conceptual e incluso teórica de nuevo tipo que se confirma *ad hoc* desde la pertinencia de lo que se estudia, en tanto se construye a partir de los resultados obtenidos del proceso de desarticulación. He ahí, en el

vértice entre un proceso y otro que tiene lugar la construcción novedosa del objeto de estudio al interior de un problema de investigación.

Quintar (2009, pp. 31-32) señala al respecto que la permanente reconstrucción de sentidos históricos desde los que fuimos como humanos, nos permiten reconstruir siempre los referentes o parámetros que sirven de puente para transitar otros caminos indagativos desde la óptica científica. Coincidimos. En la opinión de esta autora, al enfrentar cognoscitivamente la realidad, el conocimiento científico debe convocar a la construcción de nuevos significados en lugar de visitar cuerpos teóricos construidos para dar cuenta de otra realidad, ya que dicha revisitación sugiere asumir una concepción de sujeto deshistorizado y desterritorializado en tanto implica la imposición de órdenes teóricos que inevitablemente reproducen el conocimiento en lugar de construirlo.

En resumen: desde el uso estándar de la teoría, el conocimiento científico cancela su propia lógica de descubrimiento, enfocándose –tal y como señala la autora- a su reproducción más que a su transformación, a su transmisión más que a la creatividad y la crítica, y desistiendo con ello de la misma naturaleza problemática, especulativa, del conocimiento científico. En consecuencia, lo que se postula desde la epistemología crítica es hacer un uso crítico de la teoría en cuestión, siendo que este uso crítico cancela su asunción sin cuestionamientos.

Sólo así, creemos, será posible advertir el dinamismo de la realidad social a estudiar, en tanto dicho dinamismo revela las contradicciones y posibilidades de la misma. Por el contrario, el uso estándar de la teoría, en tanto parte de una teoría ya dada para explicar una realidad potencialmente nueva, resulta incapaz de ello: una teoría, en principio, no asume contradicciones; en todo caso las explica.

En ese sentido, todas las teorías previamente existentes resultan, en principio, inoperantes para la indagación científica del presente de una realidad social, si lo que queremos es justamente dar cuenta del movimiento que permite configurarla tal cual es. He ahí donde el uso crítico o reconstructivo de la teoría manifiesta toda su pertinencia.

En aras de ofrecer un panorama más concreto de cómo funciona el mecanismo de desarticulación-articulación conceptual en el que se finca el uso crítico de la teoría propuesto por Zemelman, en el siguiente y último capítulo de este libro abordamos esta tarea a partir de proponer a la comunicación, en tanto fenómeno, como dimensión constitutiva de la acción y la realidad social. Ello, además, nos permitirá develar la manera en que opera la comunicación en el dinamismo intrínseco en la realidad social, dándose en lo dado.